

Luisa Marco Sola

***“SI JESUCRISTO ESTUVIERA EN EL MUNDO FORMARÍA
TAMBIÉN EN ESTAS MILICIAS POPULARES”.***

LA MEMORIA DE LA IGLESIA DISIDENTE

HISTORIA Y MEMORIA

**Todos los Nombres, Mapa de Fosas y
Actuaciones de los Tribunales de
Responsabilidades Políticas en Andalucía**

EDITORES

Miguel Gómez Oliver - Fernando Martínez López

ISBN: 978-84-8240-869-9

Depósito Legal: AL-2980-2007



**EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE ALMERÍA**

Archivo descargado de www.todoslosnombres.org

“SI JESUCRISTO ESTUVIERA EN EL MUNDO FORMARÍA TAMBIÉN EN ESTAS MILICIAS POPULARES”. LA MEMORIA DE LA IGLESIA DISIDENTE.

Luisa Marco Sola

Recientemente, el Vaticano beatificaba a 498 sacerdotes asesinados durante el siglo XX en España, nueva era de martirio a la altura de los primeros tiempos del Cristianismo en opinión de Juan Pablo II. A excepción de dos de ellos, todos los demás habían encontrado la muerte en zona republicana durante la Guerra Civil.

Ante 30000 asistentes (60000 según algunos medios), entre los cuales 71 obispos, 1000 sacerdotes y 2500 familiares de los nuevos beatos, el Cardenal Saraiva evitó en todo momento cualquier tipo de mención a la Guerra Civil Española; asimismo, Benedicto XVI defendía que *“Con sus palabras y gestos de perdón hacia sus perseguidores, los mártires nos impulsan a trabajar incansablemente por la misericordia, la reconciliación y la convivencia pacífica”*.

Las críticas no se podían hacer esperar. La más contundente llegaba desde la Abadía de Monserrat, desde donde Hilari Ragner¹ tachaba las beatificaciones de *“injustas e inoportunas. Mártir es alguien asesinado a causa de su fe cristiana. Y no fue el caso de aquellos religiosos, que sufrieron represión ideológica”*. Gran número de intelectuales e historiadores se sumaban a esta condena, ya que la ceremonia reforzaba los antagonismos en los que actualmente transcurre el debate en torno a la Guerra Civil. El mito de “Las dos Españas”, desgraciadamente, se resiste a desaparecer.

A este respecto, la actitud de la Iglesia Católica mantiene todavía la visión de una Iglesia monolítica, protegida en zona franquista y perseguida en zona republicana. Pero. ¿realmente fue así?. Nos proponemos recuperar aquí la memoria de aquellos sacerdotes que no apoyaron el golpe militar de 1936.

¹ Hilari Ragner es autor de uno de los mejores estudios con que contamos sobre el catolicismo durante el conflicto: La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil Española (1936-1939). Península (Barcelona 2001). También es de obligada consulta sobre el período ALVAREZ BOLADO, A. Para ganar la guerra, para ganar la paz: Iglesia y Guerra Civil (1936-1939). UPCO (Madrid, 1995).

Visión de conjunto.

Frente a los 6832 sacerdotes asesinados en zona nacional, el computo de víctimas eclesiásticas en la nacional² se establece mayormente en 18. Entre ellos, el mallorquín Jeroni Alomar Poquet, el gallego Andrés Díaz³, y el aragonés José Pascual Duaso.

A estas cifras, el libro En la persecución. Archivos del Clero Vasco. Año 1936. añadía:

“-los 224 sacerdotes y religiosos que pasaron por las cárceles de Guipúzcoa, Álava, Vizcaya, Navarra, Palencia, Sevilla, Madrid y Alicante.

-los que sufrieron destierro durante largos años recorriendo los caminos de las 33 provincias del Estado español...

-los que pasearon su nostalgia por 21 países extranjeros...

-los 700 miembros del Clero Vasco que de una forma u otra sufrieron la persecución junto a su pueblo...

-los 114 capellanes de gudarís...”⁴

El caso de la represión del sacerdocio nacionalista en tierras vascas, como sabemos, es el más significativo capítulo de la persecución de la disidencia dentro del clero peninsular. En los primeros meses de la lucha, las tropas franquistas acabaron con la vida de dieciséis de sus miembros acusados de “actividades políticas a favor de la República y del separatismo”. Los fusilados fueron José Adarraga Larburu, Gervasio Albisu Bidaur, Joaquín Arín Oyarzábal, José Ariztimuño Olaso, Leonardo Guridi Arrazola, Joaquín Ituricastillo Aranzábal, Martín Leucona Echabeguren, José Marquiegui Olazábal, Alejandro Mendicute

² Ver al respecto CASANOVA, J. La Iglesia de Franco. Temas de Hoy (Madrid, 2001).

³ Marcelino Laruelo nos da referencias de otro caso en Asturias, aunque sin identificar, al referirse al asesinato de Olegario García Menéndez: “Parece ser que le torturaron bastante y, al final, le tiraron vivo n una pila de agua hirviendo con sosa cáustica, junto con n cura de la zona de Carrió o Albandi que se había declarado republicano”, en LARUELO ROA, M. La libertad es un bien muypreciado. Consejos de Guerra celebrados en Gijón y Camposancos por el ejército nacionalista al ocupar Asturias en 1937. Testimonios y condenas. Aldebarán (Gijón, 1999), p.398.

⁴ E.A.TALDE. En la persecución. Archivos del Clero Vasco. Año 1936 (San Sebastián, 1978) p.8

Liceaga, Celestino Onaindía Zuloaga, José Otano Míguelez, José Ignacio Peñagaricano Solozábal, José Sagarna Uriarte, Román Urriaga Elezburu, “Luco”, y Antonio Bombín⁵.

Claude Bowers, embajador de los Estados Unidos, explicaba los asesinatos por el hecho de que la *“lealtad de los católicos vascos a la democracia ponía en un aprieto a los propagandistas que insistían en que los moros y los nazis estaban luchando para salvar a la religión cristiana del comunismo”*⁶.

El mismo Pontífice romano expresaría su queja al Generalísimo, lo que, si bien puso fin a los fusilamientos, no le impidió encarcelar a todos aquellos sacerdotes que no se hubieran mostrado lo suficientemente adictos a la causa nacional, que fueron tachados de “republicanos”.

Dentro del Episcopado ibérico únicamente el Obispo de Vitoria, Mateo Múgica –siendo además el prelado de los condenados-, expresaría su desacuerdo con tales medidas, que hicieron cambiar su inicial apoyo al Golpe. La “prudencia”, sin embargo, haría que sus “Imperativos de Conciencia”, presentados ante el Papa en 1937, no fueran publicados a nivel español hasta 1945. Intercedía *“en defensa de mis diocesanos, fieles y sacerdotes, injustamente perseguidos, vejados, castigados, expoliados y calumniados por los representantes y propagandistas del “ Movimiento Nacional”*”. Su opinión del papel desempeñado por el clero vasco durante el conflicto era concluyente: *“(…) por cuanto conozco del Clero de la Diócesis vitoriana⁷ y de los dirigentes y de la masa nacionalista vasca, debo afirmar y afirmo que es falso decir que los tales anteponen sus intereses raciales, políticos y culturales a los de la religión. En todo tiempo dieron pruebas inequívocas de su irme adhesión a las enseñanzas de la Iglesia, respetando lealmente la jerarquía de los valores sin reticencias ni subterfugios.*

Por eso también es calumniosa la afirmación de que la “ventolera de los cismas pasó por Euzkadi” y de que el clero vasco o un sector del mismo sigue la doctrina de Maurras. De los 2020 sacerdotes de mi Diócesis vitoriana, ninguno se me declaró jamás en rebeldía”.

⁵ Ver al respecto E.A.TALDE. *En la persecución. Archivos del clero vasco*. E.A. Talde (San Sebastián 1978).

⁶ BOWERS, C. *Misión en España en el umbral de la Segunda Guerra Mundial (1933-1939)*. Ed. Éxito (Barcelona 1978),

⁷ En ese momento la Diócesis de Vitoria abarcaba las tres provincias vascas. No sería hasta 1950 que se dividiría el territorio creando las Diócesis actuales de Bilbao, San Sebastián y Vitoria.

A pesar de ello, los curas encarcelados pasarían un mínimo de dos años en distintas prisiones habilitadas especialmente para sacerdotes. Entre ellas, sería tristemente célebre la de Carmona, donde compartirían presidio con el líder socialista Julián Besteiro que fallecería entre sus muros. Una vez puestos en libertad, les restaría todavía por cumplir un exilio fuera de su diócesis que se prolongaría en muchos casos hasta los años cincuenta.

Pero la represión nacional contra sacerdotes no termina ahí.

Los corrales: El crimen olvidado.

La única mención sobre el asesinato del cura del municipio oscense de Loscorrales se circunscribía a la que realiza Damián Peñart y Peñart en su libro La Diócesis de Huesca y la Guerra de 1936⁸, que deja constancia del caso del “*único sacerdote oscense asesinado en la zona nacionalista durante la guerra de 1936*”⁹. Las causas del crimen, ya en el estudio de Peñart, se remontaban en el tiempo: “*Parece que con motivo de la ocupación de tierras de terratenientes, en los años de la República, y con la prohibición del toque de campanas para los actos de culto, había aflorado alguna tensión en el pueblo. Asimismo se dice que una lista negra preparada por los anarquistas de la comarca, y aprehendida por los nacionales cuando estos se hicieron dueños de este sector de la Diócesis, se decía que “al cura no hay que hacerle nada, porque es de los nuestros”*”.

Este hallazgo y esta calificación aumentaron los recelos y la tensión, de manera que la autoridad militar mandó ir a buscar al cura para que prestara declaración sobre los hechos. La misión fue encomendada a un grupo de falangistas, en vez de a la Guardia Civil, según era norma en casos similares”¹⁰.

⁸ Obispado de Huesca-Gráficas Alós (Huesca, 1992)

⁹ Damián Peñart y Peñart La Diócesis de Huesca y ... op.cit.p.113

¹⁰ Damián Peñart y Peñart en su libro La Diócesis de Huesca y ... op.cit p.112.

El estudio definitivo nos lo proporcionaba, no obstante, Víctor Pardo Lancina en 2002¹¹. En él, se focaliza la responsabilidad del fatal desenlace en uno de los tres detenidos por el crimen junto con Pascual Tresaco y Mariano Longás: Antonio Ordás Borderías, jefe de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. de Loscorrales.

Paradójicamente, el enfrentamiento entre ambos se remontaba a 1931, cuando Ordás era afiliado del Partido Republicano Radical Socialista y encendido anticlerical. La tensión se acrecentaría al ser elegido Ordás alcalde por este partido en 1933. El sacerdote se mostraba tajante frente a las distintas actuaciones del consistorio: *“Con monarquía o con República, siempre ha habido religión y la seguirá habiendo”*¹².

Detenido Ordás tras quedar el pueblo en zona nacional en los primeros momentos del alzamiento militar salvaría la vida milagrosamente gracias a la intercesión de un familiar bien relacionado. Tras tal trance, comprendió de inmediato la notable utilidad de dejarse llevar hacia las posiciones políticas que la situación hacía más prometedoras: Así, no sólo entró en la militancia de Falange sino que fundó, de vuela en Loscorrales, una sección de Acción Ciudadana.

Las nuevas circunstancias le proporcionarían el contexto ideal para dirimir viejas cuitas, entre ellas la que sostenía con el cura José Pascual, que además se negaba a mantenerse en silencio frente a las atrocidades cometidas en el pueblo. El sacerdote se había convertido en un personaje incómodo ya no sólo para Ordás son para la Falange Oscense, que exigiría medidas contra él al Obispado. La misiva no podía ser más clara: *“Tengo el honor de remitir a S.E. copia del informe que con respecto al Rdo. Sr. Don José Pascual Duaso cura párroco de Loscorrales, provincia de Huesca, me envía el Jefe Local de FE de la JONS y que, si es preciso, se probará con testigos, advirtiéndole que, si en el plazo máximo de tres días el citado sacerdote no se halla, por lo menos trasladado, obraremos conforme el caso requiera denunciando el caso a las autoridades militares y a nuestros Jefes de Organización”*¹³.

¹¹ PARDO LANCINA, V. "El asesinato del cura de Loscorrales", en Trébede 65-66. p.48-61.

¹² Testimonio de José Lasierra recogido en PARDO LANCINA, V. "El asesinato del cura de Loscorrales", en Trébede 65-66. p.56

¹³ Archivo Episcopal de Huesca. Signatura 2.1.3/3. Correspondencia entre autoridades.

Para asegurar su venganza, Ordás había falsificado y fingido encontrar la supuesta “lista negra” escrita por republicanos a la que se refería Peñart y Peñart y en la que figuraba el sacerdote como “uno de los nuestros”.

El 22 de diciembre de 1936, Mariano Longás, Pascual Tresaco y –cómo no- Antonio Ordás se dirigieron a la casa-abadía para proceder a la detención, ordenada por el general Urrutia. Anteriormente habían advertido a los diferentes puestos de Acción Ciudadana de no preocuparse si escuchaban disparos. El sacerdote murió tiroteado en su propia casa, siendo luego enterrado en una tumba anónima. Sus asesinos serían puestos en libertad sin cargos tras una breve detención.

La Otra Iglesia.

Dejando ya de lado el caso de José Pascual, hubo dentro de la Iglesia quienes se atrevieron a revelarse contra el golpe. Su contribución, ínfima cuantitativamente, merece sin embargo una mención por su calidad. A la cabeza de todo ellos Francisco Vidal i Barraquer¹⁴ se erigió como estandarte de aquellos que no se plegaron a los designios de los golpistas. Protegido por el gobierno republicano, gracias al que salvo la vida, se negaría a firmar la Carta Colectiva, advirtiendo además de que su publicación podía agravar la situación de los sacerdotes perseguidos en zona republicana. A su parecer, además la Iglesia debía desempeñar un papel de mediadora, y nunca implicarse con ninguno de los bandos en pugna. Moriría en el exilio. Su caso, sobradamente conocido, no es único.

El 18 de Septiembre de 1936 en la emisora del PCE de Madrid la voz del Padre Leocadio Lobo clamaba con ansia: “*¿Qué las masas se rebelan contra un sistema económico absurdo y brutal?. Pues sabed que yo estoy a su lado, porque a su lado está la Iglesia desde hace mucho tiempo, aunque nuestros egoísmos hayan olvidado las palabras de los Papas. ¿Qué piden justicia social, que se acorten o anulen las infinitas distancias entre los que tienen todo y los que nada poseen?. Tienen razón, y porque la tienen deben pedirlo,*

¹⁴ Ver al respecto MUNTANYOLA, R. Vidal i Barraquer, el cardenal de la paz. Estela (Barcelona 1971)

reclamarlo, exigirlo y aún impedirlo.” Sin embargo, no se pronunciaba como particular, así como tampoco vivía su postura como forma alguna de heterodoxia frente a sus superiores: “Soy sacerdote católico y español. Estoy en comunión con la Santa Sede y con mi Prelado, hoy ausente de Madrid. Jamás he recibido amonestaciones ni aviso por opiniones ni doctrinas. Ejercí la cura de almas desde hace dieciocho años, muchos de ellos en barrios populares de Madrid y siempre en comunicación íntima y cordial con el pueblo, haciendo más sus alegrías y sus lágrimas”. Para él, el Cristianismo luchaba de la mano de la República en la recién declarada contienda: “Ellos, los sublevados, grita el pueblo español, no pasarán. Y no pasarán porque no les asiste la razón ni la justicia, porque han amalgamado cosas tan opuestas y antitéticas como Cristo y Mahoma, la violencia y la religión, el fascismo y España.

No quiero la guerra: la maldigo y la execro; pero afirmo con plena conciencia y con inmensa alegría que está perdida para los sublevados. Fue injusta en su génesis y es altamente inmoral en su desarrollo. Ellos han dicho todos los días y en todos los tonos que al pueblo español no se le aplasta y que se levantará una y mil veces contra los que intenten esclavizarle y aherrojarle, sean quienes fueren”. Tal unión –la de la Religión Católica y la causa gubernamental se aparecía a sus ojos como natural y obvia.

El Padre Lobo llevaría a cabo una notoria labor en zona republicana. Empezaría de la mano de Manuel Irujo¹⁵, Ministro de Justicia, un intento de reestablecer y normalizar el culto católico en zona gubernamental. También se ocuparía de salvaguardar objetos del patrimonio cultural de la destrucción¹⁶.

¹⁵ Ver MARGENAT PERALTA, JOSE M. “Manuel de Irujo: la política religiosa de los gobiernos de la República en la guerra civil (1936-1939)”, en Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, nº4. Ed.Univ.Complutense (Madrid, 1983) p.175.

¹⁶ Este empeño no fue siempre bien entendido por sus colegas de sacerdocio. Emilio Aguarod, por ejemplo, al informar al Obispado Oscense de la situación de los bienes eclesiásticos en la Parroquia de Alquézar relataba: “Al principio de la revolución fueron extraños los que causaron los daños en las iglesias, después, parte por violencia, parte por exaltación, intervino la juventud de la localidad, sin que el pueblo pudiera evitarlo. El mayor destrozo lo hizo el padre Lobo”, adjuntando una relación de “Objetos de valor que se llevó de la Parroquia de Alquézar el sacerdote Sr. Lobo para los rojos”. Todos ellos serían recuperados tras el conflicto en Ginebra. Peñart y Peñart (La Diócesis de Huesca..op.cit) nos deja también constancia de una cancioncilla que se entonaba en el pueblo mientras las obras no fueron restituidas en su lugar:

“El del Cura Lobo
por Alquézar se llegó,
se nos llevó las alhajas
y todo lo derrochó”

Igualmente, firmaría junto a Enrique Monter, Capellán de Hospital, y José Manuel Gallegos Rocafull el manifiesto “Palabras Cristianas” que veía la luz en diversos medios madrileños el 12 de Octubre de 1936 en la que, basándose en textos canónicos y pontificios, defendía tres principios: *“1.-No es lícita la rebelión contra el poder constituido. 2.-Son lícitas y necesarias muchas mejoras para los obreros y necesitados en la organización social y política. 3.-La Iglesia, que está fuera de los partidos políticos, ha condenado las teorías totalitarias repetidas veces”*¹⁷”

El redactor del texto, Gallegos Rocafull legaba a su muerte un diario que acaba de ver la luz en España titulado La Pequeña Grey¹⁸. A través de sus páginas, el autor –Canónigo Lectoral de Córdoba y profesor de Filosofía en la Universidad de Madrid- testimonia el drama existencial que para él supuso la guerra civil: *“Triunfaran o fueran vencidos, millones de españoles quedarían heridos, llenos de odios y agravios, quizás perdidos para siempre, si los católicos aparecían unánimemente al lado de los rebeldes. Romper esa unanimidad, costara lo que costara, me parecía absolutamente indispensable, y ya que la Iglesia de España no se había mantenido, como era de desear, apartada de la guerra, llena de anhelos de reconciliación y de paz, madre por igual de todos y más caritativa que nadie con los descreídos y con los pecadores, que se viera que había, por lo menos ,algunos católicos que no estaban contra el pueblo, que compartían sus dolores y sus angustias”*¹⁹.

Reflexionando sobre la persecución anticlerical en zona republicana la Iglesia se alejaba de ser una víctima inerte para ser responsable de notorios descuidos en su labor pastoral: *“¿No es evidente, hasta para el más ciego, que este odio a nosotros, puede proceder, por paradójico que parezca, de amor a Cristo y a su Iglesia? ¿Es que si fuéramos pobres, humildes y caritativos, no estarían con nosotros, o por lo menos no nos considerarían neutrales y nunca enemigos? ¿No es verdad que nuestras iglesias están llenas de ricos y en torno a ellos gira nuestra vida y (lo que es infinitamente peor) nuestro ministerio?.”*²⁰ Para él, los sacerdotes

¹⁷ GALLEGOS ROCAFULL, JOSÉ M. La Pequeña Grey. Testimonio religioso sobre la Guerra Civil Española. Península (Barcelona 2007) p24.

¹⁸ GALLEGOS ROCAFULL, JOSÉ M. La Pequeña Grey. Testimonio ... op.cit

¹⁹ GALLEGOS ROCAFULL, JOSÉ M. La Pequeña Grey. Testimonio ... op.cit p22.

²⁰ GALLEGOS ROCAFULL, JOSÉ M. La Pequeña Grey. Testimonio ... op.cit p.20.

vascos representaban un modelo a seguir por la totalidad del clero: “¿y no era bien significativo que precisamente los obispos de las diócesis más católicas fueran los que estaban con el pueblo?. Como no tenían que imponer la fe a un pueblo descreído y hostil, no pensaban en guerras santas y otras zarandajas por el estilo, sino que convivían sencillamente con ellos”²¹.

Desde París, clamaría en las páginas de Espirit contra la llamada a la “Guerra Santa” de sus superiores: “Desgraciadamente los católicos, aunque llamados todos a la santidad, no son todos santos y se meten en guerras; pues ya que las hacen, que reconozcan que pelean como hombres y no como católicos, por razones humanas y no por mandato divino²²”. Estos nunca se lo perdonarían, suspendiéndole a divinis. Moriría exiliado en Méjico en 1963 como un “hijo espúreo de la Patria”, tal como le calificó Goma en el verano de 1937.

También dejaría escritas sus memorias el sacerdote aragonés Jesús Arnal²³, de cuya publicación se encargaron José Arner y Juan Salas, quien se había alistado en las filas de la Columna Durruti. Con ellas pretendía defender su memoria de las presiones que hubo de soportar durante toda su vida: “Los puritanos de oficio –que no de convicción- enarbolaron contra mí durante años la bandera de una falaz ortodoxia, tratando de aislar me de una sociedad poco proclive a la indulgencia. Creo que fue entonces, bajo esta presión, cuando opté por la única resolución que tenía a mano: la de rebatir mentiras o fantasías con la verdad de lo sucedido, cuyo desconocimiento –y quiero creer que no la mala fe- había urdido la leyenda de posturas acomodaticias o de franca apostasía²⁴”. En su relato concreta el papel que jugó durante la contienda: “quiero aclarar que yo no fui exactamente secretario de Durruti, como se dice en el título; no pasé de escribiente en su puesto de mando, aunque alcanzara en poco tiempo una posición de cierto relieve gracias a mi formación, superior con mucho a la de la gente que me rodeaba. Tampoco fui su consejero o confidente, entre otras razones porque Durruti no era hombre que se dejara manipular ni tolerase soplonos.

²¹ GALLEGOS ROCAFULL, JOSÉ M. *La Pequeña Grey. Testimonio ...* op.cit. p41.

²² GALLEGOS ROCAFULL, JOSÉ M. *La Pequeña Grey. Testimonio ...* op.cit. p49.

²³ ARNAL, Jesús. *Yo fui secretario de Durruti. Memorias de un cura aragonés en las filas anarquistas*. Mira Editores (Zaragoza, 1995)

²⁴ ARNAL, Jesús. *Yo fui secretario de Durruti. Memorias de un cura aragonés ...* op.cit P.8

Mis relaciones con él, sin ser nunca íntimas, se cimentaron en el mutuo respeto a nuestras ideas, tan opuestas como legítimas. Me trató a distancia pero con deferencia y yo le correspondí con lealtad, pues nunca olvidé su generoso comportamiento conmigo en situaciones más que delicadas²⁵”. Mosén Jesús también aporta una percepción más matizada sobre lo que a su parecer son las causas profundas del anticlericalismo: *“Los que nos acosaban afirmaban no ir contra las personas sino contra lo que representaban, contra los símbolos porque, según ellos, el cura encarnaba la tiranía y era el instrumento predilecto del capitalismo en su lucha contra las masas proletarias. Confieso que quizás llegaría a comprender esa postura aplicada a ciertos influyentes dignatarios de la Iglesia, más o menos apartados circunstancialmente de su deber de pastores, pero nunca entenderé la hostilidad generalizada a todo clérigo por el mero hecho de serlo. ¿qué especie de poder o de influencia puede tener un modesto cura de aldea, que apenas gana para mal comer?²⁶”*

Otras memorias, más conocidas y mucho menos moderadas que las de Arnal con el papel jugado por la Iglesia, a tener en cuenta son la de Marino Ayerra, que aparecieron con un título que habla por sí mismo: No me avergoncé del Evangelio²⁷.

Menos encendido, aunque más estremecedor por su cercanía al horror de la represión franquista es el del padre Gumersindo de Estella²⁸, en el que relata sus vivencias como confesor de más de trescientos reos en la cárcel zaragozana de Torrero: *“Como sacerdote y como cristiano sentía repugnancia ante tan numerosos asesinatos y no podía aprobarlos. Mi actitud contrastaba vivamente con la de otros religiosos, incluso superiores míos, que se entregaban a un regocijo extraordinario y no sólo aprobaban cuanto ocurría, sino aplaudían y prorrumpían en vivas con frecuencia”²⁹*

De entre todos los dramas que se entretajan en sus páginas merece especial atención para nuestra reflexión el apunte del 30 de abril de 1939: *“ recuerdo que confesé a (C. Noguerras) un buen sacerdote que*

²⁵ ARNAL, Jesús. Yo fui secretario de Durruti. Memorias de un cura aragonés ... op.cit. P.10

²⁶ ARNAL, Jesús. Yo fui secretario de Durruti. Memorias de un cura aragonés ... op.cit. P 19

²⁷ AYERRA REDÍN ,M. No me avergoncé del Evangelio. Mintzoa (Navarra 2002, 1ª 1959)

²⁸ Ver al respecto HEREDIA, I. “Gumersindo de Estella: Cordero entre lobos” en Trébede. Mensual Aragonés de Análisis, Opinión y Cultura. Nº 74.2003.p.62

²⁹ GUMERSINDO DE ESTELLA. Fusilados en Zaragoza:1936-1939. Tres años de asistencia espiritual a los reos. Mira (Zaragoza 2003)

estaba encarcelado porque invadido su pueblo por los milicianos de la República venidos de Cataluña se quedó al frente de sus feligreses y se alistó para servicios auxiliares. No estuvo en el frente, sino sirviendo en un hospital y cumpliendo el cargo de censor de correos. Éste se confesaba conmigo todos los sábados.”³⁰

¿Quién era este sacerdote?

El oscense Cándido Nogueras ejercía su ministerio en Broto al estallar la guerra. Su detención se producía en Zaragoza el 17 de abril de 1938, durante la cual tal como informaba la Auditoria de Guerra del 5º Cuerpo del Ejército negaría su condición de sacerdote, asimismo, se hacía constar los “*graves cargos por su actuación en zona roja*” que constaban contra él. Por ellos, el Juzgado Militar número 20, sito en la Plaza de la Seo, le condenaría en la Causa 85-938, de 30 de julio, a seis años de reclusión menor “*como autor de un delito de auxilio a la rebelión con la concurrencia de la eximente incompleta de trastorno mental transitorio*”.

Sufriría durante casi tres años las penalidades de las cárceles franquistas, negando en sucesivas misivas dirigidas al Obispo de Huesca, Lino Rodrigo Ruesca, todos los cargos que se le imputaban. Al abandonar el presidio sería confinado al exilio en la Parroquia de Santa Engracia, perteneciente al Obispado de Huesca pero situada en el centro de Zaragoza. Finalizaría sus días solo y con su estabilidad emocional gravemente mermada.

Pero, ¿cuál había sido realmente su papel durante la guerra?. Aldana ha dejado constancia e una entrevista que se le hizo mientras Broto estaba regido por las milicias. Vale la pena reproducirla en su integridad:

“Y en Broto hallamos a un curita vistiendo el atuendo de miliciano y que desde el primer día del movimiento se puso a luchar con el pueblo.

Nos pareció simpática la figura del sacerdote miliciano y en un café de Broto hablamos con él unos momentos para recoger unas impresiones para nuestra revista.

³⁰ GUMERSINDO DE ESTELLA. Fusilados en Zaragoza:1936-1939... op.cit. P 112

Cándido Nogueras, “el cura de Broto”, como le llamaban cariñosamente los milicianos del Alto Aragón, ha sido siempre perseguido por los caciques de la provincia. Días antes de las elecciones de febrero se negó a su pretensión de realizar una campaña política desde el púlpito, en el mes de julio recibía un aviso del obispo de Huesca, que le llamaba la atención porque “se le veía con compañías poco gratas”. Y las “compañías poco gratas” eran los trabajadores del pueblecito montañés.

“-No me ha extrañado lo que ha ocurrido- nos ha dicho el cura-miliciano-, ya que la Iglesia ha empleado siempre su influencia en perseguir al pueblo, a cuyo servicio debería haber estado. Su misión estaba en conquistar los corazones de los explotados.

Si Jesucristo estuviera en el mundo formaría también en estas Milicias Populares, junto a los que tanto quiso. Sería un luchador más por la libertad.

La persecución que se dice se ha realizado contra nosotros no está demostrada. La ira del pueblo, justificada porque siempre vio en el clero su enemigo secular, ha podido justificar excesos que no comparto, pero que no puedo tampoco censurar. Este pueblo desbordado ha respetado a aquellos que siempre vimos en nuestra profesión un sacerdocio al servicio de los humildes. Así puede ver a algunos sacerdotes que luchan en las columnas aragonesas por un porvenir mejor.

En estos mismos frentes se ha hecho famoso un cura que desde e principio de la subversión militar cambió el hisopo por el fusil y al que sus compañeros llaman “El Carrilano”.

En la columna Durruti, que combate en el sector de Bujaraloz, oro compañero supo hacerse admirar por aquel glorioso antifascista que cayó en el frente madrileño.

Creo que estos compañeros, como he hecho yo, nos hemos unido a los combatientes republicanos porque nuestro amor a Cristo nos obliga a estar con ellos.

Con que alegría entregué el día 19 de julio las llaves de mi iglesia al alcalde de Broto, al mismo tiempo que le dije “Ya ha terminado la farsa. Espero que el templo sirva para algo más útil”.

Y cuando una falsa alarma nos hizo creer que los fascistas llegaban a este pueblo, yo fui uno de los primeros, aconsejado por mis amigos, en lanzarme a buscar una salida por esas montañas, pues hubiera sido fusilado.”

*Los milicianos rodean a Cándido Nogueras, que muestra orgullosos la estrella roja en su visera revolucionaria, y algunos le llaman afectuosamente “mosén”. Pero él no acepta este saludo, sino que se siente satisfecho de que le llamen simplemente camarada, como aquel redentor que cayó crucificado por los “fascistas” de Judea prefería que le llamasen “hermano” los humildes campesinos y obreros que le seguían en su calvario”.*³¹

Para finalizar.

Las vivencias abordadas en este recorrido, breve y necesariamente incompleto, aportan un nuevo prisma para una panorámica más realista de la Iglesia española del período. Encuadrados en una Iglesia tan claramente beligerante como para incluso secundar la represión entre sus cuadros, no todos ellos tuvieron claro que el apoyo incondicional al Golpe fuera el camino que su doctrina les instaba a recorrer. Desde posiciones más o menos encendidas, más o menos críticas con sus superiores, y más o menos proclives a la causa gubernamental, demostraron que en esos momentos sí había elección para ellos. La Jerarquía, hermanada con la labor de la Dictadura, nunca les perdonaría su opción por la “disidencia”.

“Si decimos que no hemos pecado, hacemos a Dios mentiroso y su palabra ya no está entre nosotros. Así pues, reconocemos humildemente y pedimos perdón porque no siempre hemos sabido ser verdaderos ministros de reconciliación en el seno de nuestro pueblo, dividido en una guerra entre hermanos”

Conclusiones de la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes. Madrid 1971

³¹ ALDANA, B.F. La Guerra en Aragón. Cómo fue... Ediciones Cómo fue...(Barcelona, 1937). P 50-52